

allá de sociedad, y con mas frecuencia, á ejemplo de las formadas en Madrid, el de casinos. Hay en ellas salas donde se leen periódicos españoles y extranjeros, y no solamente los diarios, sino aun los semanales y mensuales ó trimestriales, juntándose los que tratan de política con los que se ocupan en otras materias. Por ahí vienen estas reuniones á dar distraccion intelectual; pero si, por atenderse en ellas mas á la comida, á la conversacion y al juego, no merecen ser consideradas entre las sociedades que contribuyen al cultivo y la mejora del entendimiento, todavía son dignas de mencion en la historia por via de ilustracion del estado de los usos y costumbres.

A la poesía se han aplicado particularmente los españoles durante el período de la menor edad de Isabel II, y, si no con tan feliz suerte que hayan hecho esta época superior en gloria poética á las pasadas, con bastante empeño y acierto para añadir joyas de valor al tesoro antiguo, no tan rico como se lo figura el amor patrio llevado al exceso. Háse adelantado en el arte de versificar descuidado por nuestros poetas de fines del siglo próximo pasado y principios del presente, si bien es cierto que á este progreso ha venido anejo el mal de equivocar la mecánica del verso con la poesía verdadera, viéndose en composiciones del dia hacinados pensamientos triviales, y aun frases enteras faltas de sentido, ó encerrando desatinos con una facilidad de expresion y una destreza en el manejo de la rima admirables, y por muchos años no comun en los españoles.

Está de tal manera enlazado con el estado de la poesía castellana moderna el de la crítica, que es imposible tratar del uno sin hacerlo del otro al mismo tiempo, naciendo las perfecciones y las faltas de muchos autores del dia presente en gran manera de haber abrazado una fé diferente de la profesada por sus padres, ó dígase por una generacion de la cual aun vive una parte bastante crecida.

Las doctrinas llamadas clásicas, introducidas en España en los últimos dias del reinado de Felipe V, habian llegado á dominar completamente en los de Carlos III y Carlos IV, y aun la revolucion de Francia que, mudándolo todo y con inaudita violencia en el pueblo vecino, habia respetado los antiguos dogmas literarios, al paso que en la práctica los seguia de una manera corrompida, nada alteró en punto á la fé y á la crítica de los españoles modernos. El innovador Quintana admiraba los *grandes cuadros* de la *Ifigenia* y del *Tancredo*, poniendo á Voltaire, aun en su decadencia á la par con Racine, como el último punto de la perfeccion á que podia arribarse desde *las heces de Tespis*. Cienfuegos, anti-clásico en su estilo, veneraba las reglas de Boileau, y en la mecánica de sus composiciones dramáticas las seguia, sin notar cuánto se desviaba de los modelos que se figuraba seguir imitando.

Pero en Francia, tierra de donde suele venir á España todo, y mas que otra cosa las ideas, hubo una mudanza notable en las doctrinas críticas y en la práctica de los escritores, trayéndola novadores osados, los cuales, si bien resistidos con vigor, llegaron á verse victoriosos por algunos años aunque sin quedar sujetos sus enemigos. La nueva secta, contradiciendo el clasicismo francés, ponía en alto lugar los teatros inglés, ale-